CÓMPLICES

geraldine robles chipana

Capítulo 1

CÓMPLICES.

He conseguido trabajo. Gracias a quien quiera que esté hallá arriba, Richard Dosson y su esposa me han tendido la mano aún sin conocerme. Él me ha dicho que me cambie de ropa y vuelva a su cafetería, con el paraguas que me ha prestado, para iniciar mi trabajo de administrador. Y, mientras recorro las calles que me llevarán hacia la casa de mi hermano Scott y su esposa Thory, los recuerdos acuden en tromba hacia mi mente. Estoy viviendo con mi hermano porque me vi obligado a alejarme del lugar donde viví con Helen. El lugar donde nació mi hijo. El lugar donde ella está enterrada. Yo tenía un trabajo de contabilidad en una concesionaria. Era muy prestigiosa, se ganaba un sueldo nada despreciable. Una semana después del nacimiento de Tobias y de la muerte de mi mujer, volví al trabajo. Y es que había pedido un permiso, para intentar sobreponerme. Conté con la suerte de que una amiga de Helen, Sharon, era niñera y se ofreció a cuidar a Tobias ese primer día de trabajo.

–Te pagaré –le dije–, yo entiendo que esto es tu trabajo.

Ella sonrió, pero negó rápidamente.

–Lo hago por Helen, Marsh. Además, ese niño –le acarició la cabeza a mi hijo–, será como mi sobrino.

Pero no cedí y al final acordamos un precio razonable. Cuando llegué al trabajo, no me esperaba una bienvenida. Nunca me había llevado bien con los empleados. Principalmente, porque yo era el encargado de hurgar en todos sus asuntos de dinero y verificar que no pudiesen sacar dinero por debajo de la mesa. Eso te hacía granjearte uno que otro enemigo, y más cuando le has echado a perder unas cuantas transacciones poco legales a unas cuantas personas. Yo tenía una oficina. Nada elegante, más bien era pequeña y solo tenía un escritorio y dos sillas. Sobre la mesa descansaba una portátil conectada a un cable de internet. Antigua, pero suficiente para mí trabajo. Cuando estaba por sentarme, escuché un grito. Fuerte. Atronador.

–Marshall Eaton, ¡a mi oficina, ahora!

“Tiembla, pollito. Tiembla”.

Era la voz del jefe. Del dueño. De Darach Monforght. A nadie, nadie, le gustaba oír ese grito. Salí rápidamente. Sin pensarlo. Y me fui hacia la

oficina del jefe. Al llegar, la puerta de Monforght estaba abierta.

–Pase y cierre –dijo, desde atrás de su mesa.

Hice lo que me indicó, y me paré donde debería haber otra silla para las visitas. No había nada. Darach Monforght era un tipo de cabello cano, bajo, con vientre prominente, nariz chata y una cicatriz bajo el ojo derecho. Pero tenía voz de militar –de mando –y ojos fríos que podían llegar a ser amenazantes. Fijó esos ojos en mí.

–Va a renunciar –dijo, sin vacilación–, y asumirá la culpa de un pequeño fraude que se ha realizado hace dos días en mi negocio. A cambio, yo no presentaré ciertas pruebas –falsas, claro–, que me he encargado de mandar a hacer.

"Niégate, no puedes aceptar. No, idiota, no palidezcas. Le estás demostrando que te asusta".

Palidecí. Cualquier otra persona hubiera pensado que Monforhgt andaba de broma, pero yo sabía que no. Corrían rumores de que el jefe hacía que otras personas tomasen culpa por ciertos fraudes que se decía hacía su hijo, a cambio de no presentar pruebas falsas. Ahora, eso me estaba pasando a mí. E iba en serio.

–Jefe, lo lamento, pero yo no puedo hacer eso.

"¡Eres mi orgullo, carajo!… he, bueno, por la forma en que se le está poniendo el rostro al hombre creo que no debí decir eso".

Darach apretó los dientes. Su rostro se puso rojo, sus ojos se llenaron de furia. Se levantó, y yo retrocedí hasta pegar la espalda contra la pared, a unos centímetros junto a la puerta. Solo por precaución.

"No, fue por si debías salir huyendo. Acéptalo"

El tipo salió de detrás del escritorio y, con unos cuantos pasos, ya estuvo frente a mí. Sus puños estaban cerrados. Estaba enfurecido.

–Escucha –dijo, acercando su rostro de forma amenazante al mío–. No puedes negarte. Te puedo hundir ¿entiendes?

–Jefe, yo no voy a tomar culpas ajenas. No asumiré la culpa que es de su hijo…

"Error, error. Empieza a pensar en la retirada, Marsh".

Los ojos del jefe se llenaron de más furia aún, si es que eso era posible. Me di cuenta de que me estaba echando el aliento en la cara. Cuando

habló, su voz era atronadora.

–¡Usted no es nadie para acusar a mi hijo sin pruebas! ¡No le voy a tolerar tremenda falta de respeto! ¡No le permito que…

En ese momento la puerta se abrió, dejando paso a una fila de personas. Entre hombres y mujeres, todos trabajadores. Se dispersaron por la oficina, con algunas detrás del jefe y las demás poniéndose donde podían. Habló un hombre, creo que se llamaba Dante, con voz indignada.

–Escucha, grandísimo desgraciado, el hecho de que tu propio hijo te robe no te da derecho a tratar de cubrir sus faltas acusándonos a nosotros.

El jefe estaba inmóvil. De pronto las voces se alzaron en un "de acuerdo" que se repetía una y otra vez, inacabable.

"Y recuerda, Marshall, recuerda como de pronto Monforght perdió su aspecto amenazador. Como ese rostro palideció, de miedo, te lo dijeron sus ojos. Bien abiertos, el leve temblor que captaste recorría el cuerpo de Darach. Y las voces. Constantes, martilleantes, cómo gritaban, los rostros y las expresiones y la furia que se notaba en el aire".

Era una rebelión laboral. En toda regla. Monforght no se movió de donde estaba, frente a mí. Tenía miedo. Esa gente estaba a un paso de perder la cordura. Querían venganza. ¿Qué les habría hecho este hombre a ellos? Entonces me di cuenta de que a mi lado izquierdo, imperturbable, estaba un tipo sin actuar. Tapaba la puerta, estaba junto a mí, pero no parecía importarle nada de lo que pasaba a su alrededor. Adrede, hice contacto con sus ojos. Nunca olvidaré esos ojos de mirada vacía, celestes. El hombre asintió. Como si yo le hubiese dado una señal. Entonces recordé el nombre del tipo. Próspero. Próspero Domínguez. Sentí que una mano callosa tomaba la mía y la abría (no me había dado cuenta desde cuando la tenía en un puño) y, momentos después, esa mano me daba un cuchillo.

"Y ahora te negarás, escaparás, las otras personas te ayudarán a evadir al loco de Domínguez y seguirán con su ataque al jefe y tú renunciarás y seguirás con tu vida normal".

Entonces también me di cuenta de que todo el mundo había callado. No se oía nada más que la respiración acelerada ¿en qué momento se había puesto así? Del jefe. Sentí todas las miradas sobre mí. Implacables. Era un plan, y yo debía ejecutarlo. Lo supe de inmediato. Debía matar al jefe, o ellos me mataban a mí. Seguro que habían estado escuchando detrás de la puerta, esperando su momento. Y ahora yo debía acabar. Debía hacer lo que ellos tenían ya pensado. Próspero habló.

–Hazlo, Eaton. Vamos. Sabes que el hombre lo merece. Hazlo.

“Y lo mataré, y me llevarán a la cárcel, y no veré a Tobias en mucho tiempo, y esta gente se hará la loca”.

–No te preocupes –dijo otra persona desde el fondo de la oficina–, nosotros nos encargaremos de que nadie descubra nada. Pero ya, hazlo.

Vi que otras personas sostenían cuchillos. Y un arma. mierda, por qué no lo mataban estos, tan fácil que le sería disparar a la persona de la pistola. Pero no, y si no hacía lo que querían, me mataban.

–Ustedes tienen armas. Por qué no lo hacen en mi lugar.

Sentí la mano de Próspero en mi hombro, presionándolo.

–Vamos, amigo. Te estamos dando un honor.

“Pero yo no quiero honores, Próspero, yo no les pido nada, solo no quiero ser un asesino”.

–Tengo un hijo –balbuceé–, no puedo acabar en la cárcel…

La presión en el hombro aumentó. Se volvió dolorosa.

–Ya se te dijo que no te preocupes, Eaton. Nadie te va a meter en la cárcel. Ahora, hazlo antes que perdamos la paciencia.

Cerré los ojos. Solo por un momento. Cuando los abrí, me pasé el cuchillo a la mano derecha y lo acerqué hacia la garganta de Darach.

–¡Vas a terminar preso! –Exclamó el hombre con voz desesperada–. Esas personas no son capaces de hacernos nada, suelta ese cuchillo.

Un puño se estrelló en la espalda del jefe, haciéndole tambalear.

–Mejor que no nos pongas a prueba, imbécil. Ni tú ni Eaton –dijo la persona que había dado el puñetazo.

–Vamos, Marshall –dijo una mujer–, no tenemos todo el día.

Apoyé la hoja del arma en la garganta del jefe.

“solo húndela, como si fuera un trozo de carne, que es lo que es. Nada más”.

Lo hice. Hundí la hoja, la saqué y la volví a hundir, sacar, hundir, sacar,

hundir, una y otra vez. Sin parar. Hasta terminar el trabajo.

“Y no tenía emociones, actuaba por el mero hecho de hacerlo, y sabía que era un asesino, y que estaba en manos de estos dementes, y que si no me cubrían estaba perdido”.

–Para ya –dijo próspero. Lo hice, dejando incrustado el cuchillo en el cuello del hombre. Entonces me di cuenta de que si Darach no se había derrumbado era porque lo sostenían algunas personas.

–Sígueme –dijo Domínguez, girando y saliendo por la puerta abierta. Fui detrás de él.

“Y me llevó a un baño, me mostró ropa limpia y dijo “cámbiate rápido y lárgate, no vuelvas por aquí nunca más. Llévate a tu hijo, y la ropa manchada déjala aquí. Tengo un amigo policía que nos ayudará con todo” y le hice caso, porque no tenía de otra”.

Cuando próspero se iba, le dije con tono mordaz:

–Supongo que ahora seremos “los cómplices”, como que eso nos queda bien.

Cuando llegué a casa de Sharon le dije “no me hagas preguntas”, me llevé a Tobias, hice maletas y me fui. Sin siquiera poder ir a la tumba de mi esposa una última vez. Scott fue un buen tipo al recibirnos a mí y a Tobias en su casa. Su mujer no se opuso, siempre le habían gustado los niños. De eso han pasado tres días. Cada noche, los ojos de mi jefe, llenos de terror, me atormentan en sueños. Por eso estaba un poco desesperado cuando entré a la cafetería de Richard Dosson. Por eso, y porque no encontraba trabajo. Pero creo que ahora todo mejorará. Estoy en la puerta de casa de Scott. Sé que las pesadillas no se irán nunca, que todos –Próspero, los otros trabajadores y yo mismo –somos cómplices de un asesinato, pero puede que, con trabajo, todo mejore. Aunque sea un poco. Nunca le contaré a nadie del asesinato de Darach Monforght. No, eso quedará en el pasado. Quedará entre todos los que presenciamos ese homicidio.